LA AUDACIA VERBAL DEL CORRESUCITADO

TERCER DOMINGO DE PASCUA. C

En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles y les dijo: ¿no os hablamos prohibido formalmente enseñar en nombre de ése? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.

Pedro y los apóstoles replicaron: Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.

Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús. Act. 5,27b-32, 40b-41

De la abundancia del corazón habla la boca. Quien no habla de Cristo resucitado, es porque aún no se le "ha aparecido" el Señor; quien no publica, quien no hace pública su fe en Jesús viviente, es porque aún no la tiene...

Experimentar vivo a Cristo y decirlo es todo uno. Cuando Cristo vivo emerge en la conciencia del creyente, acontece asimismo en sus palabras y en sus obras. Y no hay entonces represión humana, por muy inhumana que sea, que pueda enterrar el testimonio. Y no hay entonces prohibición humana, por muy formal que sea, capaz de silenciar lo que al creyente desde el Espíritu le viene en boca. Es la audacia verbal que no entiende de mordazas, la parresía evangélica, a la que el "chitón y punto en boca" no tienen nada que hacer. Es el Espíritu de Cristo resucitado, el que pone en labios y en manos del creyente lo que tienen que hablar y que obrar. Y, aunque azotes de por medio, habrá después mayor alegría y contento por haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús.

De la abundancia de la Resurrección nace también la denuncia de los silencios impuestos por una sociedad como la nuestra. Bombardeados de emisiones constantes y de propagandas obsesivas, atronados por tanta inflación de palabra hablada y escrita, sufrimos la prohibición de hablar, no se nos da tiempo para expresarnos a pesar de tanta encuesta pidiéndonos nuestra opinión. Muchas vivencias enterradas, muchos deseos inéditos, muchas reticencias que se traga la tierra, sin poder emitir lo mejor que se cuece en el corazón del hombre. Es como si una losa represiva se nos impusiera despóticamente el silencio, quedando sepultado el mejor hombre que nos habita, con gran complacencia de los poderosos del

mundo. Se da entonces el hombre recortado, el cristiano vergonzante que, a la primera de cambio, se come el testimonio y no da la cara por el nombre de Jesús.

Y es por esto que nos llenan las casas y las ciudades de palabrería hueca. Faltan entonces creyentes explícitos, confesantes públicos, testigos evidentes y martiriales. Caídos en la trampa de una fe anónima e intimista, privatizamos el cristianismo que es tanto como "des-evangelizarlo". Recomidos por dentro, podrida la Palabra por el temor de los hombres, no se experimenta la alegría y el contento de haber merecido ultraje por el nombre de Jesús. Y restamos fuerza y pujanza a la Resurrección del Señor.

Juan Sánchez Trujillo